

Los párpados del agua



Luis Armando Botina

Los párpados del agua

Luis Armando Botina

Una canción desesperada
para veinte poemas náufragos

El primer libro que leí de Luis Armando Botina se llamaba *Ángeles de Hormigón*, “porque el hormigón es de lo que están hechas nuestras casas”, me explicó, mientras yo trataba de no perder ninguna de las hojas que me había alcanzado, rayadas, subrayadas, comentadas por él mismo y con letra distinta en los bordes. Era un enorme bloque, no miento, que a simple vista parecía una historia muy extensa pero que al abrirlo y cruzar por algunas de sus líneas un largo río embravecido empezaba a dar noticias de su rumbo. Esto fue en Pasto, ciudad sorpresa que ha albergado y ha visto crecer este cauce, hace unos años, antes de que fuera publicado su primer libro que no se tituló como lo conocí sino *Sequías del tiempo*, que al acercármelo en una de sus visitas a Bogotá ya había adelgazado notablemente; apenas se habían salvado unos cuantos poemas, cincuenta y dos para ser más exactos, que había leído entre borrones, bajo la lluvia, en medio del talco y la carioca del carnaval de blancos y negros y, hay que decirlo, junto a la maestra y crítica ebriedad de esos días en Nariño. Eran menos poemas entonces, pero conservaban esa misma cabalgata de los ríos sonoros.

Botina había dejado volar a sus ángeles y había dispuesto una sequía en un libro que me parecía un bravo río, y que el tiempo me había permitido leer sentado en algún andén hecho de hormigón. Para ese entonces se nos perdían los poemas que caían de las carpetas por no tener un gancho legajador o un cuaderno de apuntes o una *moleskine*, que conocimos tarde y no aprendimos a utilizar. Los inventarios del otro día siempre nos mostraron una baja de versos, poemas dejados a la suerte en alguna tienda, poemas que aprendieron a danzar a su suerte en el carnaval y que en ocasiones, en muchas, vi regalar, originales, de mano de su autor a alguna sombra que le lanzaba una pinta, un beso o una carcajada; teníamos siempre una baja inmensa de versos, pero no de poesía. Quizá *Sequías del tiempo* se hizo más delgado debido a esas bajas que nos imponía la noche pero también creo que se publicó con los poemas que debían ser, los bien vestidos, con los errores merecidos, con las circunstancias de su nacimiento.

Botina vino a lanzar ese libro a Bogotá durante una feria del libro y aunque no alcanzamos a llegar a su investidura, porque “cómo se les ocurre hacer eso a la una de la tarde”, de él dijo unos días después el poeta Rodolfo Ramírez Soto, el único que se pronunció ante esta eventualidad, lo siguiente:

Sequías del Tiempo es un libro raro. No tanto por su contenido como por su estructura. Arranca, luego de dos

desastrosos prólogos que bien puede uno evitarse la molestia de leer, con un subtítulo que anuncia que leemos una Primera Parte, pero nunca encontramos la segunda, por lo menos no en esta publicación, acaso debamos esperar entonces dentro de muy poco la salida de esta otra. No hay tampoco un orden aparente. Solo una seguidilla de textos uno al lado del otro y unos mucho mejores que otros. Es un libro ecléctico al que aparentemente le ha hecho falta un buen acompañamiento de edición. No obstante, este trabajo “Sequías del Tiempo” presenta unos textos de alta factura poética y da una voz esperanzadora al respecto del trabajo que se viene adelantado en el sur del país.

Ya la crítica empezaba a darle la bienvenida a este querido compatriota, y la recibimos como debía ser, celebrando en Bogotá, riendo y repitiendo esas palabras a viva voz. “*Era un libro raro ese que trató de no ser tan raro en su edición pero lo descubrieron*”.

Después vendrían encuentros, festivales, un viaje inolvidable a Tangua – Nariño, durante el festival de la música campesina y la poesía donde lloramos a lágrima viva la muerte de Jorge Enrique Adoum, visitas, viajes, tragos nuevos, tragos viejos, abrazos, despedidas, alertas y más alertas de

INGEOMINAS sobre la erupción del Galeras; hasta que salió a la luz su segundo libro, titulado *Micropoética del vértigo* y abrió su polémico blog, *literaturasdelvertigo*. Mejor palabra no había podido escoger este personaje para definir su trabajo, en el vértigo se funda y circula todo ese impetuoso río de poesía que le he leído, es necesario perder los rieles de lo que se ha interpretado antes para comprender en los versos de Luis Botina que estamos lanzados al vacío y al designio lapidador de las palabras. Y así su *Micropoética* también aprendió a caminar, adquirió el vértigo de su autor y se lanzó al vacío en el Festival de literatura del Valle de Sibundoy-2012. Supe entonces, conversando con Botina allí, que su obra tenía el designio de *lo incorregible*, ya que se había editado su *Micropoética* en la primera versión, sin las correcciones que le había sugerido su fiel correctora de estilo, Yurany Paz, y que hasta la imagen de la portada, hecha por el maestro Charly también se había visto inmiscuida en este designio. Creo que por ello ahora completa dos libros raros a su historial, donde saltan las notorias faltas de tildes, letras, espejos limpios, pero que sigue su curso lírico, impetuoso, entre aguas sonoras.

Antes de pedirme el prólogo, el personaje en cuestión me pidió que le hiciera también la corrección de estilo a este poemario, y la hice, no sin sentir a media marcha que estaba inmiscuyéndome en terrenos estéticos ya muy transitados, donde incluso un signo puesto inoportunamente tiene una condición característica, ayudar a la fuerza vertiginosa que impera en ellos ¿La estética del error? ¿La estética del vértigo? ¿La estética de lo

raro? Y el designio entonces lo tuve muy en cuenta en esta labor. Luis Botina es un afiebrado corrector, riguroso en los contenidos, piensa demasiado la secuencia de sus palabras, y sobre todo, en la fuerza que tendrá cada una de ellas a lo largo del poema. El rigor lo concibe desde otra circunstancia, la sinceridad. Pienso, contrariándome con mi oficio personal, que el rigor debe ser un acto meticuloso, que no descuide nada en el marco de la creación, pero también es cierto que a veces el rigor solo se mide en las circunstancias formales; y otros aspectos, como el tono, lo impetuoso de una idea, la revelación que marca una obra sensata, se descuida en el ejercicio de corrección y en la lectura crítica que hacemos.

Es por esta y por muchas razones que abordar la tarea de prologar este libro tiene un conjunto de incidencias personales. Por un lado se trata de introducir a la lectura de esta *Antología personal*, que resume en veinte poemas el trabajo de muchos años y de muchos papeles y de muchos borrones, de mucho oficio, y pienso en los *Veinte poemas de amor y una canción desesperada* de mi tocayo Eliécer Neftalí Reyes, en aquellos años efervescentes cuando los poetas usaban capa de dandy o de superhéroe, cuando Volodia Teitelboim y Vicente Huidobro acusaban a Neruda de plagiarlo y las críticas de ese tamaño era lo que más vendía en la prensa de entonces, y no sé si soy aquí Volodia o Huidobro o solo el interprete de esta canción desesperada. Por otro lado se trata de veinte poemas a los que les tengo gran aprecio porque a algunos de ellos los vi nacer y crecer y transformarse

a lo largo del tiempo, aprender a volar, algunos se han desligado de gritos y disonancias, se han cambiado de traje la desnudez de sus sinfonías, han mudado de viento, de veneno, de casa, de planeta, y son veinte planetas de un universo sobre poblado.

Los párpados del agua solo tuvo tres ejemplares en su primera edición, uno de ellos me fue obsequiado. Fue hecho artesanalmente por su autor en la casa de un amigo, con las hojas de una resma a medio terminar y tres carpetas *celu-guía* que le sirvieron de carátulas; aún estos veinte poemas náufragos no contaban con esta canción desesperada. En ellos se reúne una voz, un tono que ha encontrado su senda. Aunque el título pareciera no tener nada del vértigo del que hablo más arriba, el oleaje se encargará de ir creciendo a medida que se avanza en ellos hasta demostrarnos que el vértigo permanece. Desde el primer poema “Bajo las pulgas de mi alma se ocultan”, hasta el último “Los ríos hacen cauces en mi pelo”, el mismo tono permanece, haciendo equilibrio sobre la cuerda floja, suscitando un rumor particular que solo puede escucharse en este libro, veinte poemas seleccionados por su autor, con el oído afinado sobre su cosecha.

Este poemario que usted, desocupado lector, tiene en sus manos, hace parte de una larga búsqueda, de travesías profanas y travesías de un tiempo inhóspito. No se afane si en estas líneas se entrecruzan firmamentos demasiado desmesurados, alacranes, cuervos desdentados, ríos de incubadora. Soy testigo de su siembra y así ha sido salvada la

sequía en medio de la tempestad. Así han sido caminadas y sentidas estas palabras, así han alzado vuelo en el abismo. No se trata de experimentación, no es esto una prueba de salud del surrealismo, ni hay aquí una presunción vanguardista. Solo hay veinte poemas dulcemente siniestros, veinte criaturas políglotas, aladas, veinte náufragos del viento que miran desde el agua. Ahora recibamos al fantasma de este murmullo, al espantapájaros no temas, es de otra savia el silencio, deshoja la liana.

Jorge Valbuena

Pasto, Nariño - Diciembre de 2012

Los ríos hacen cauces en mi pelo

Las aves habitan mi piel
Las sombras menean su culo
Con sonoros escándalos
Empaquetados en sudores del amor
Más debajo
Los cuartos galopan perdidos en silencio
Mientras la muerte se incrusta en mi médula
Pero a diferencia de mis huesos logré evadirla
Para seguir planeando desesperadamente
Sin embargo el espanto desorientó mi vuelo
A fuerza de conciencia
Con sus vanos ángeles contrarios
Con sus tristezas falsas
Que me oprimen la carne de los sueños
Lo hallado en el combate
Bajo párpados pesados de delirio
Bajo usados vientres de cuchillo
Donde siento cantar las entrañas
Con el incendio de mis penas
Y hacen ruidos los malditos pájaros en mí alma
Los muertos recuerdos de pico
Que cargan maletas dentro de mi pecho
Para seguir planeando desesperadamente.

Bajo las pulgas de mi alma se ocultan

Tiernamente
Los párpados de agua
La noche manchada de fantasmas
La muerte migratoria corriendo por tu cuerpo
Las paredes del olvido
Esta caricia que tiritita dormida
Besando la podrida sombra de tu corazón descalzo
Los venenos del día arañando los ojos del delirio
El cielo dormido en los antídotos del desconsuelo
Bajo una soledad abierta a la sangre
A los espanta-pájaros
A la viva tumba clavada al esqueleto
Con toda su lengua sentada en adioses
Con su tristeza mojada en oscuros cantos
Con toda su voz abierta a la fiebre de ciudades
Que crecen miserables
En los huesos
En las uñas de los muertos.

Y la saliva del tiempo
Que no me reconoce
En el amor imaginario
En el polvoriento purgatorio del espanto
En el aullido sordo sobre la piel de los cementerios
En el exilio bajo la boca de un grito
En el vientre afilado de las autopistas
En el monólogo urbano (armado) de un dios-
calavera
Que busca en los basureros
Rostros abandonados a la duda.

Allí está sentada la soledad
Señora
Dueña única de mi tristeza
Bajo este cielo mis huesos menstrúan
Nostalgias cortadas con tijeras de plomo
Y la nada resbala por mis venas
Con el alcohol ufano del silencio
Y allí esta dios sentado
A dos metros de este animal de cera
Rascándose las axilas en su eterno cubo de mierda
Entretanto en el fondo de mí usado corazón
Un niño muere de hambre
Con un sello en el fondo de su alma
Que reza Made in U.S.A
Y el terror
Es una nueva forma de matar a la muerte
Con todo el abandono
De una íntima estampida de sombras

Una luz descalza

Desesperada en lo frágil
Como saliendo de la carne
Opaca en la tristeza
Sin presencia
Ni labor
Oculta bajo una noche herida
Isla oscura y débil
Tragando marinas soledades
Soleadas trasmutaciones del vértigo
Fluidas distancias en la limpieza del sueño
Pero el amor estaba perdido
Y seguí volando
En lo atómico del escándalo
En lo telúrico de tan blanco
A 1000 millas de la sangre
Repartidas por la venas del cansancio
Y todavía el aire agonizaba de a dos
Desorientado en su vuelo
En su raquítica constancia
En su mortecina carnaza
Con sus vacíos limbos falsos
Con sus círculos callados de nostalgia
Y me oprimía lo encontrado
Más allá de los desperdicios
Cerrados en los besos de cuchillo.

De todas maneras a quién le importa

Si la muerte suda
Sobre sabanas blandas del corazón
Mi corazón habla del pasado
Que tiembla en el amanecer con otros rostros
En verdad el pésame se encuentra en la pena
Enroscada como una serpiente
Bajo el crepúsculo de manchas robadas a la pálida
soledad
Entre tanto el exilio
La alma
Entra con los ojos cerrados
A las puertas de la sangre quieta
Donde un perro araña los versos robados del
infierno.

Siendo agua

La lluvia es igual a la ternura
A la enfermedad del día
Que suena muda en el frescor de las tumbas
Mi corriente es una lengua dibujada
En la apariencia del espejo
Que naufraga
Cuando nace el silencio de las palabras que vuelven
a la lluvia
De esta carne desterrada
Nos han robado el dolor como un verso.

A ver si por decoro

Me lastimo
Cada apellido
Come de mí
Con un nombre
O un golpe del tiempo carnívoro
Si acaso fuese de morir
Con el sustrato de lo perdido
Ole
Ole
Cuernos de la tristeza
Ole
Ole
Muerte tierna al borde de mi alma.

Todos los días mi corazón es un papel en blanco

Pálido espanto
Alimento de migajas
Y miserias
Así homoamaestrado
Bajo los signos secretos de mi alma
Tan piedra
Tan asfalto
Tan podrida

Todos mis corazones son días en desuso
Cuando subo
Y bajo por las entrañas del tiempo
Como limpiando la noche
Con el frescor primitivo del hormigón
Con la ceniza del exilio repartido por mis venas
Como el hambre mundial de tan buena

Todo mi amor es un ladrido
Mordiendo en el alba tu cuerpo desnudo...

Diarios

A diario entro a la muerte como entrar a la vida
Y no me hallo en lo hondo de lo perdido
Y me busco afanosamente
Por debajo de las piedras
Entre la sangre quieta
Entre los altos delirios del tabaco
Entre tanta herrumbre vista de afuera
Cuando visito por cobrar los abismos oscuros de la
poesía
Y ella se desnuda con toda su metáfora bajo los
versos del clítoris
Que sobreviven a otra lengua
A otra hambre de ataúdes y de gente
A poesía
A puta de mi larga entraña
Palabra que siendo niño muerdes los estómagos del
olvido

Así mi alma que mastica con un silencio tu boca
Tan ligera
Tan hueso
Tan imbécil
Tan encontrada en los serios abandonos del desuso
Donde intenta morirse y no puede.

Entonces

Esto de hablar de la muerte
Es hacer uso de la dialéctica regresiva
El dialogo entre lo ido
Entre lo que pudo ser y no
A nadie se le enseña los dialectos tartamudos
El peso del dolor de la partida
Las formas conjuradas de la nada

Y es así
No hay métodos para olvidar
Peor aún para morir
Y entre tanto
No existe un axioma que profundice el verbo vivir
Desvestir
Desmorir
Desamar
Mis ojos tiemblan en la profundidad de tu espanto
Donde rompo mi sangre para que no muera
Donde me saco de las tripas
Trozos amarillos de tristezas para que no duelan

Y allí
Sentado en el espanto
Lloví hasta la madrugada sin método alguno
Y supe vaciar del hígado las penas contrarias
Y supe morder versos contra las calles
Y las sombras mojadas.

Confidencia

Des-ando como un perro
Por las calles de este Pasto contagioso
Y el abandono me enseña a ser Baca-Madre
Con rostro de asfalto

Me mataron la sombra
Los sobrevuelos de la carne
La estúpida memoria
Con que miro la ausencia de los nombres
Me enseñé a ser viernes en cada rostro
En cada boca
En cada calle
En cada abandono
En cada entraña miserable de cuchillo
Y no sé si estoy acabado de vivir
O si el mundo orina
En cada semáforo que cargo
Sobreviviendo ante los huesos de la gente
Que pasan por el parque San Andrés
Con una pena-corazón
Con un amor-enfermedad
Terminada de crecer

Y me miro parado en el terror
Con el alma doblada en la angustia
Y brindo por la razón
Tiernamente podrida en la tristeza.

Despedida

Estas caricias lloran la últimas palabras sobre tu cuerpo ausente, entero me despido y mi lengua aun palpita bajo la sombra de tu boca, te fuiste entre el aire inútil de las moscas que sorben la materia oscura del amor y mi tristeza es un recuerdo presto a resucitarte en cada uno de los olvidos.

Entre tanto a lo lejos siguen jugando los niños, los perros y la miseria nos mira bebiendo entre las piedras el espanto carnívoro del corazón.

Te agradezco el escándalo del silencio y el olvido. Y aquí estás en tu soledad, en cada una de mis vértebras que respiran con el tiempo la más profunda sonrisa, el vasto sudor con que nos observa la ausencia, entre un cigarro y otro amor en el que busco lo que nunca se ha perdido, el calor de la muerte que nos abraza, día a día, mientras no morimos el uno contra el otro insoportablemente.

Estoy despierto

Y tu vientre está en mis manos y se va, dejando un escándalo, toda tu, eres un instante varado en la palabra silencio, lluvia, sangre, carne, corazón, he de irme de tu cuerpo y he de dejarte el sudor antiguo de mi sombra que llora, llora, como canta mi esqueleto entre tu cuerpo recién resucitado.

Algo de sobremesa

Despierto sobre el día y te ofrezco el hueso de mi corazón para que completes tu esqueleto y te ofrezco el tiempo y sus agujas, no tengo nada más que este poema delincuente, que esta luna caníbal de las despedidas, al igual que la muerte soy incondicional y cumplo como un ladrón con las citas del azar y los sueños del insomnio que tocan esta alma podrida de tan buena.

Carta I

A diferencia de un poema tengo los días contados
En la boca de una nostalgia trasparente
En la respiración artificial de la ciudad
En la condensada indiferencia de un rostro suicida
A diferencia de mi muerte escribo en el papel
Con este cansado esqueleto
Que no se acostumbra a lamer almíbar de los tejados
A dejar de nombrarte con el vino extinto de una nueva pena
Cuando los sueños improvisan bajo la respiración de la noche
Los juegos del amor desnudos ante un corazón sudado
Y te encuentro tan cerca de mi sangre
Y prefiero esta soledad escrita sobre unos labios asesinos
Sobre el blog trotamundo de la dudad
Y me ahuyento con todo el coro de las malditas sombras carnívoras
Con toda las distancias que es para mí un camino tan cercano al tuyo
Porque aún estás con tu alma sobre mi cuerpo
Te deseo cada vez menos amor mío.

Carta II

Y nos reconocemos hipócritamente, siempre te espero cuando no llegas a mí, cuando miro la calle deshabitada, tan cubierta de eso que se llama espanto y que la muerte calla con la soberbia despierta en la voz de estos muros donde se congelan las sombras y nos hacemos falta y frío.

Por estas venas oscuras de alquitrán callamos y sin derrota regamos la baba del alba por nuestros cuerpos renovados, abiertos a los juramentos ciegos del sud-desarrollo que transita a diario, como lo hace la miseria por estas arterias en las que morimos clandestinos, vigorosos, reales, cada rostro oculto se nos descorcha por las prematuras fiebres de la resaca y allí donde antes no había nada, se revela una tristeza única, acumulada ente las horas nocturnas de un corazón imaginario bajo los focos mortecinos de estos automóviles que nos asedian como fieras hambreadas, en un instante somos la nulidad del vacío, el cuerpo del cero, aquel aire continuo que espera meterse en la garganta y rosar con su esmog nuestro único encuentro con la saliva, allí entre el olvido y la escritura de un nuevo poema que se abre húmedamente entre tu boca y la entrepierna, donde se finge romper el amor por el dolor de la huida y somos dos ya los que fingen, con esas ansias caníbales que nos requieren en la próxima parada del tiempo, en el próximo beso regado como la basura sobre la piel de esta ciudad desnuda.

Cláusula sobre el oficio de cosa

En fin las cosas que no uso se acuestan con mi pena, bajo esta distancia impenetrable la bóveda celeste es un lamento teñido de oscuro y estoy parado en tu cuerpo donde entierro dulcemente un pedazo del corazón.

¡Alma! te mojaron la lluvia de aspecto melancólico y en cada llanto riegas clamores de mil pájaros sordos girando como lo hace mí esqueleto, cuando recuerda los crepúsculos nacidos de este vientre desdoblado del sur, a todo esto, mi sombra muere en el camino la respiración mojada, la ciega tristeza devoradora.

Y hay tanto dolor viajando por el desnudo abandono y mi vida termina de pudrirse con los ojos del espanto, con el agua silenciosa de este día de septiembre, en el que entro al sudor del pasado, a la vida que tiembla en los pechos de la palabra muerte.

¡Corazón! te rompieron el nombre con que reconoces el rostro del olvido, así, como un niño recién cortado por la sangre, por los amores que lloran en la puerta tanta desolación, así, me niego en una especie de vuelo y con los fonemas del espanto asisto al jueves con el paladar pegado al olvido y en el recuerdo habita el tiempo enfermo sin haberse ido, al final toda muerte es contagiosa y además en sus manos tiembla la rabia inmortal con la que respiro, sentado bajo esta soledad, con la escribo la maldita conciencia de mis huesos.

Digo

El día no te enseña a amar las sombras del crepúsculo
Las condenas amargas de la realidad
La pasión herida por la pasión
Igual la maldad tiene forma humana
Y hay que aprender a sobrevivir comiendo pedazos de
muerte
Y por sobre todo
Cuando mi alma es un dolor que echa raíces
Fuego por la boca
Y a nadie le importa

Esto de morir diariamente es asunto disperso
Preferiblemente cuando se entra al sudor de la noche
O cuando la vida camina desnuda
Bajo la hembra-tristeza-descalza
Y a quién mierda le toca visitar los vocablos de la pena
Si la luz que está en lo alto es un poeta hecho de olvido
O si el amor no puede olvidarse
Sobre caricias manchadas de soledad

Finalmente
Yo continúo

Abierto en la cicatriz con el tiempo blando del sueño
Que piensa lavar la ceguera en el vientre desenterrado

Doblado en la nostalgia
El invierno es asunto mío
Y solo me lluevo en verano
Orinando a futuro
Sobre restos usados del desconsuelo.

Dilatación temporal

De mis primeras aproximaciones al espacio y al tiempo
Ocurre que un perro adivina su ceguera
Después de conocer de golpe la maldad
El tiempo carnívoro
El espacio caníbal
Se diluyen substancialmente bajo la forma absurda de la semántica
Esto está bien
Si el ladrido continúa ciego
Entristeciendo
Algunas esferas de lo humano
Eres la inmortalidad del exilio
El vino negado que no se pertenece
Los sobrantes nocturnos
La cabeza de un abecedario dormido
Eres un recuerdo salvado del infierno
Eligiendo sus vidas
En los cuerpos incendiados del Tanatos y el Eros
Cuando el amor muere salvado en la pena dobla del dolor

A veces usamos insectos contrarios
Que muerden la boca
Los métodos feroces del espanto
Justo allí en los 34 estómagos bastardos del vacío
Bajo los pulmones de un dios envenenado de razón
Y el verso está próximo a los labios de la muerte
A las dimensiones del llanto

Oh amor estoy lleno de tu muerte
Y también lo contrario
Reflejo sobre el corazón de la lluvia
Aéreo en la piel
En la desenterrada sangre del medio día
Cuando toco tu destino con la suave lengua (llave) del olvido
Que es una condenación
El amargo vientre del espacio que vuela congelando la carne del
tiempo.

Índice

1. Bajo las pulgas de mi alma se ocultan
2. Y la saliva del tiempo
3. De todas maneras a quién le importa
4. Siendo agua
5. Diarios
6. Entonces
7. Estoy despierto
8. Algo de sobremesa
9. Cláusula sobre el oficio de cosa
10. Digo
11. Dilatación temporal
12. Carta II
13. Carta I
14. Despedida
15. Confidencia
16. Todos los días mi corazón es un papel en blanco
17. A ver si por decoro
18. Una luz descalza
19. Allí está sentada la soledad
20. Los ríos hacen cauces en mi pelo

culturaambulante@yahoo.es
Obra el ojo de buey-Luis Amando Botina Castro
12 de septiembre de 2012
Ediciones Maby-Soy
Colección-poéticas-alas-calles
Aplaudida su reproducción total y parcial
Registro sanitario 0000



Este documento se imprimió en la
Casa de un Amigo
Pasto-Nariño-Colombia

